

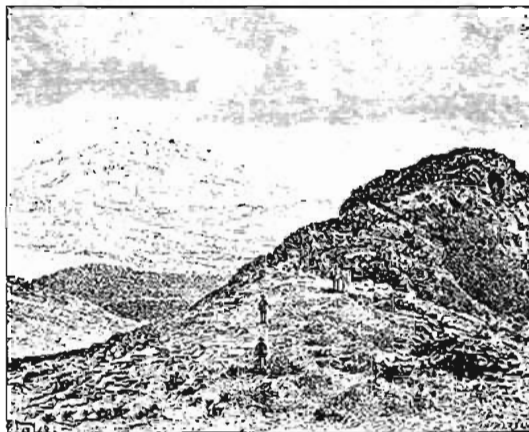
Désiré Charnay fue uno de esos viajeros cultos que en el siglo pasado recorrieron Méxi-

co fascinados por su pasado arqueológico y por el exotismo de las costumbres de su población indígena y mestiza. Charnay hizo importantes descubrimientos de cerámica tolteca y de algunos restos óseos en zonas cercanas al glaciar del Popocatepetl. El texto que presentamos a continuación corresponde al final de su segundo viaje a nuestro país. Algunos años más tarde volvería a México prestando sus servicios como fotógrafo, además de proporcionar valiosa información y asesoría a la Commission Scientifique du Mexique, organizada por Napoleón III. Según Lorenzo Ochoa, quien prologa su obra Ciudades y ruinas americanas, de donde tomamos el capítulo correspondiente al Popocatepetl, los conocimientos que sobre México tenía Charnay pudieron haber sido utilizados por el Estado Mayor Francés durante aquella desventura conocida como el Imperio de Maximiliano.

Julio Glockner

el popocatepetl

Désiré Charnay



No podía abandonar México sin intentar el ascenso del Popocatepetl, el volcán más alto de América del Norte. Había ahí bellísimas vistas que tomar y, como recuerdo al menos, deseaba reproducir el interior del cráter, el pico y sus alrededores. Fuera de esto, parecía halagador para mi amor propio de viajero el poder tomar fotografías a 17,852 pies sobre el nivel del mar. Así pues, preparé mi pequeño equipaje artístico compuesto de una cámara estereoscópica y de diversos productos. Llevaba conmigo a un joven llamado Luis, quien en México me había ayudado en mis trabajos fotográficos. Nuestra partida se fijó para fines de septiembre.

Existe un servicio de diligencias que transporta a los viajeros hasta el pie del volcán.

La diligencia atraviesa Ayotla, deja a la derecha la carretera de Veracruz y se introduce en la meseta, pasa delante de la hilandería de Miraflores, se detiene un instante en Tlalmanalco y luego desemboca en Amecameca.

Amecameca es un pueblo grande al pie del volcán y su posición en la meseta es una de las más bellas del valle. Había hecho amistad, en este último pueblo, con don Cirilo Pérez, comerciante, y con su hermano Pablo, juez de paz en Ameca.

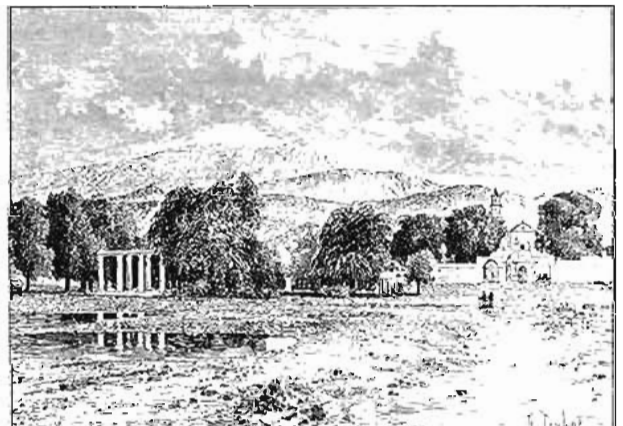
Este último se interesaba apasionadamente por la fotografía y nos acompañó en diversas excursiones; de esta manera, ambos caballeros hicieron lo posible para facilitarnos el ascenso al pico. Tuvimos sin embargo que retardar la partida; diez días de lluvia nos detuvieron en el pueblo y el volcán sólo se mostraba en raros intervalos. En tales condiciones el viaje hubiera sido un fracaso. Por fin, el tiempo cambió y partimos. Primero pernoctamos en la hacienda de Tomacoco, perteneciente a la familia Pérez y situada en medio de un maravilloso paisaje. Nuestros guías y mozos debían alcanzarnos allí.

Al día siguiente, muy temprano, estábamos en camino. Mi grupo se componía de dos guías, cuatro indios, don Luis y yo. El sendero se hunde en los bosques de pinos para volverse pronto abrupto y resbaloso. Cada paso hacia adelante da al panorama del valle una extensión más grande y, en los claros del bosque, la mirada descansa gozosa en los sitios más encantadores. El bosque se desarrolla grande y majestuoso, a cada instante pasamos árboles de enorme diámetro y altura gigantesca. Pero el frío nos congela y tenemos que desmontar para aliviar a nuestras bestias cuyos resoplidos ruidosos anuncian la fatiga y la opresión.

Alcanzamos entonces una primera meseta que cruza el sendero de Puebla. Esta ruta es la misma que siguió Cortés en su marcha de Cholula a México y pensamos que el lector estaría interesado en conocer la hermosa página que el historiador Prescott consagró a este episodio de la vida del conquistador español:

Los españoles desfilaron entre dos de las más altas montañas de la América septentrional, el Popocatepetl, "la montaña que humea", y el Iztaccihuatl, "la mujer blanca", nombre sugerido sin duda por el resplandeciente manto de nieve que se extiende sobre su amplia superficie accidentada. Una superstición pueril de los indios había deificado estas montañas célebres y el Iztaccihuatl era, a sus ojos, la esposa del formidable vecino. Una tradición de orden más elevado representaba al volcán del norte como la morada de los crueles jefes quienes, por las torturas a las que eran sometidos en su prisión de fuego, ocasionaban esos horribles estruendos y esas convulsiones terribles que acompañaban cada erupción. Era la fábula clásica de la Antigüedad. Estas leyendas supersticiosas habían rodeado a esta montaña de un misterioso horror que impedía a los naturales intentar el ascenso: había, es cierto, que considerar los obstáculos naturales, una empresa que representa enormes dificultades.

El *gran volcán*, como llamaban al Popocatepetl, se eleva a una altura de 17,852 pies sobre el nivel del mar, es decir, a más de 2,000 pies por encima del "monarca de las montañas", la más alta cima de Europa. El Popo ha dado raramente, durante el siglo actual, señales de su origen volcánico, y la "montaña que humea" casi ha perdido su título para esta apelación. Pero en la época de la Conquista, con frecuencia



estaba en actividad y desplegó sus furores sobre todo cuando los españoles estaban en Tlaxcala, lo que fue considerado como un siniestro presagio para los pueblos del Anáhuac. Su cima, formada en cono regular por los depósitos de erupciones sucesivas, afectaba la forma ordinaria de las montañas volcánicas desde el momento en que no se halla alterada por el hundimiento interior del cráter. Elevándose a la región de las nubes, con su envoltura de nieves eternas, se percibía a lo lejos desde todos los puntos de las vastas planicies de México y de Puebla. Era el primer objeto que el sol saludaba por la mañana, el último sobre el cual se detenían los rayos del ocaso. Esta cima se coronaba de una gloriosa aureola cuyo resplandor contrastaba de manera asombrosa con el horrible caos de lavas y de las escorias inmediatas a su base y la espesa y sombreada cortina de pinos funerarios que lo rodean.

El misterio mismo y los terrores que envolvían al Popocatepetl inspiraron a algunos caballeros españoles, dignos rivales del héroe de la novela de su país, el deseo de intentar el ascenso a esta montaña, tentativa en la cual la muerte debía ser, según decían los naturales, el resultado inevitable. Cortés los animó en su deseo queriendo mostrar a los indios que nada estaba por encima de la audacia indomable de sus compañeros. En consecuencia, Diego de Ordaz, uno de sus capitanes, acompañado de nueve españoles y de varios tlaxcaltecas enardecidos con su ejemplo, emprendieron el ascenso que presentó más dificultades de las que habían supuesto.

La región inferior de la montaña estaba cubierta por un espeso bosque que con frecuencia parecía impenetrable. Este oquedal se aclaraba sin embargo a medida que se avanzaba, degenerando poco a poco en una vegetación ra-

quítica y cada vez más escasa, que desapareció eternamente cuando llegaron a una altura de un poco más de 13,000 pies. Los indios, que habían aguantado hasta allí, asustados por los ruidos subterráneos del volcán entonces en actividad, abandonaron a sus compañeros. El camino escarpado que éstos tenían ahora que subir no ofrecía más que una negra superficie de arena volcánica cristalizada y de lava, cuyos fragmentos rotos tomaban mil formas fantásticas oponiendo continuos obstáculos al progreso de los españoles. Una enorme roca, el Pico del Fraile, que tenía 150 pies de altura perpendicular y que se distinguía perfectamente desde la base de la montaña, los obligó a hacer una gran desviación. Pronto llegaron a los límites de las nieves perpetuas; apenas se podía poner el pie sobre el pérfido hielo, donde un paso en falso podía precipitar a nuestros audaces viajeros a los abismos abiertos a su alrededor. Para acrecentar las molestias, la respiración se volvió tan penosa en estas regiones aéreas, que cada esfuerzo iba acompañado de agudos dolores de cabeza y de los miembros. Continuaron, sin embargo, avanzando hasta las aproximaciones del cráter donde espesos torbellinos de humo y una lluvia de cenizas calientes y de chispas vomitadas por el seno inflamado del volcán, estuvo a punto de sofocarlos al mismo tiempo que los cegaba. Era más de lo que sus cuerpos, endurecidos como estaban, podían soportar y se vieron, contra sus deseos, forzados a abandonar su peligrosa empresa en el momento en que llegaban a su meta. Trajeron, como trofeos de su expedición, algunos pedazos de hielo, producto bastante curioso en estas regiones tropicales, y su éxito, sin haber sido completo, fue suficiente para llenar a los naturales de estupor haciéndoles ver que los más formidables obstáculos, los peligros más misteriosos, no eran más que un juego para los españoles. Estos trazos, además, describen bien el espíritu aventurero de los caballeros de esta época, quienes, no contentos con los peligros que naturalmente se ofrecían a ellos, parecían buscarlos por el solo placer de afrontarlos. Una relación del ascenso al Popocatepetl fue transmitida al emperador Carlos V, y la familia de Ordaz fue autorizada a llevar, en memoria de esta hazaña, una montaña inflamada en su escudo de armas.

En la vuelta de un ángulo de la sierra, los españoles descubrieron una perspectiva que pronto los hizo olvidar las fatigas de la vispera. Se trataba del valle de México o de



Tenochtitlán, como lo llaman comúnmente los naturales. Era una mezcla pintoresca de aguas, bosques, planicies cultivadas, ciudades resplandecientes, colinas cubiertas de sombras, que se desplegaba ante sus ojos como un rico y brillante panorama. Los objetos alejados tienen, en la atmósfera extraña de estas altas regiones, una frescura de tintes y una nitidez de contornos que parecen disminuir la distancia. A sus pies se extendían, hasta perderse, los nobles bosques de robles, de sicómoros y de cedros; más allá, campos dorados de maíz y de altos aloes, entremezclados de vergeles y de jardines en flor; porque las flores, de las cuales hay un gran consumo durante las fiestas religiosas, eran todavía más abundantes en el poblado valle que en otras partes del Anáhuac. En el centro de este inmenso estanque se veían lagos que ocupaban en tal época una porción más grande en superficie; sus orillas se hallaban salpicadas de numerosos pueblos y aldeas. En fin, en medio del panorama, la bella ciudad de México, la "Venecia de los aztecas" reposando, como su rival, en el seno de las aguas. Encima de estos monumentos, se levantaba el monte real de Chapultepec—residencia de los monarcas mexicanos— coronado por estos mismos macizos de gigantescos cipreses que proyectan todavía en la actualidad sus anchas sombras sobre la planicie. En la lejanía, más allá de las azules aguas del lago, se distinguía, como un punto brillante, Texcoco, la segunda ca-



Désiré Chamay, 1828-1915.

pital del imperio; más lejos todavía, el oscuro cinturón de púrpura que servía de marco al rico cuadro del valle.

Tal era la magnífica vista que asombró los ojos de los conquistadores. Y hasta hoy, que estos lugares han sufrido tan tristes cambios, hoy, que estos majestuosos bosques han sido abatidos y que la tierra, sin abrigo contra los ardores de un sol tropical, está, en muchos lugares, completamente estéril; hoy, que las aguas se han retirado dejando a su alrededor una ancha playa árida y blanqueada por las incrustaciones salinas, mientras que las ciudades y las aldeas que animaban antaño sus orillas han caído en ruinas; hoy, que la desolación ha puesto su sello sobre este risueño paisaje, el viajero no puede contemplarlo sin un sentimiento de admiración y de regocijo.

Los tiempos han cambiado, como podrá juzgar el lector después de este capítulo; y el ascenso, calificado de hazaña por el conquistador y que valió al autor un nuevo símbolo en su blasón, no nos parece actualmente, fuera de ciertas fatigas, más que un simple paseo. Pero continuemos.

Dejamos el sendero a la izquierda para internarnos, a la derecha, entre los montes Hueloxóchitl y Penacho. Los árboles han perdido su vigor y el bosque se vuelve claro. La pendiente, bastante suave, permite a los caballos avanzar con paso rápido y veinte minutos después alcanzamos la cima de Tlmacas, al pie de la cual se encuentra el rancho del mismo nombre. Éste no posee más que tres miserables cabañas, de las cuales una sirve de abrigo a los indios empleados para la extracción de azufre del volcán, otra es la habitación del dueño del rancho y la más grande alberga la fábrica donde se elabora el azufre bruto, de donde sale en masas cuadradas o redondas de cincuenta kilogramos aproximadamente.

El rancho de Tlmacas se encuentra a cerca de 4,000 metros sobre el nivel del mar, por esto, durante la noche, el frío resultó terrible, mi termómetro marcaba diez grados bajo cero. Tuvimos que retirarnos a la choza de los hornos entonces en plena actividad, pero los vapores sofocantes pronto nos hicieron salir con accesos de tos que duraron mucho tiempo. Yo no podía comprender la insensibilidad de los desdichados indios encargados de la fabricación.

Esa primera noche fue horrible y desperté helado, entumecido, casi insensible.

La jornada no se anunciaba brillante. Desde la primera hora la cima del volcán se había cubierto de espesas nubes y debimos retardar el ascenso.

Nuestro tiempo fue empleado en excursiones por los alrededores, principalmente sobre la cima de una montaña que se halla frente al rancho de Tlamacas y desde donde la vista se extiende sobre los valles de Puebla y de México. Desde este elevado punto, el turista se encuentra bastante cerca del Iztaccihuatl, del cual pude tomar una foto bien lograda.

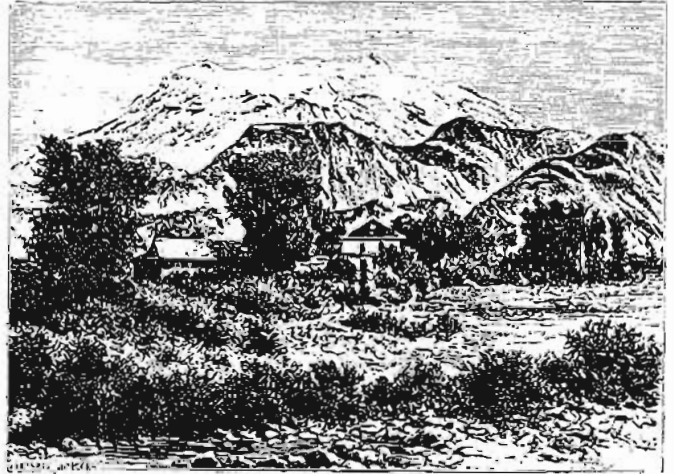
Lo que más me asombró en estas alturas, fue ver pasar a mis pies, en el bosque de pinos que cubre la montaña, tres o cuatro parejas de guacamayos verdes. No podía creer lo que veían mis ojos. ¡Guacamayos al pie de las nieves! Me parecía imposible, pero su plumaje esmeralda y sus gritos familiares al oído, no me dejaron ninguna duda. Seguramente llegaban de tierra caliente en busca de piñas de pino, pues los vi perderse en el bosque para salir mucho tiempo después y dirigirse en dirección del estado de Guerrero.

El mismo día, el guía nos condujo a la base misma del volcán, cerca del Pico del Fraile que domina la barranca de Mispayantla.

La subida, en esta arena mezclada con cenizas, resulta penosa y la respiración nos faltaba a cada instante. Al llegar a la altura, hice colocar la tienda, pero un viento terrible estuvo a punto de llevársela. En medio de tales dificultades, tomé varias fotos del Pico del Fraile, del caos de rocas volcánicas que lo rodean y de las profundidades de la barranca.

—Bajo sus pies —me dice el guía, se hallaba antes un cementerio y últimamente se descubrió en este mismo lugar toda una serie de vasijas aztecas.

Esta comunicación incitó nuestra curiosidad. Don Luis y yo, armados con un simple palo, nos pusimos a registrar la tierra, bastante suelta, del lugar y encontramos, en efecto, restos de huesos humanos y pedazos de vasijas antiguas. Este pequeño éxito no hizo más que inflamar nuestro ardor. Don Luis excavaba con su palo y, provisto de un puñal, yo limpiaba con precaución las vasijas porque, medio podridas por su larga permanencia en la tierra, eran de una fragilidad extraordinaria y sólo se volvían a endurecer secándolas al sol. Exhumamos de esta manera una docena de vasijas de formas diversas, de tierra roja, pero todas parecidas en su decoración. Ésta consistía en una burda imitación de la figura



humana obtenida por medio de pequeñas bandas de arcilla pegadas a la superficie de la vasija. Una de ellas, sin embargo, ofrecía cierta elegancia de forma. La pieza más notable era una lámpara de estilo etrusco, con diversas pinturas negras sobre el fondo rojo del barro cocido.

Es muy probable que esta sepultura date de los primeros tiempos de la Conquista, cuando los indios, acosados como bestias salvajes, se refugiaban en los bosques y en las alturas inaccesibles de la sierra. Su religión se conoce por las tumbas; podían esperar que, en estas tierras vírgenes de pasos humanos, los despojos mortales de los suyos quedarían al abrigo de las profanaciones españolas.

El día siguiente se pasó en la febril espera del gran momento. El pico se velaba sin cesar a nuestros ojos para prohibir nuestra cercanía; mientras tanto, abajo gozaban de un tiempo magnífico y de un sol espléndido. Distinguíamos los menores accidentes de la planicie y por la noche veíamos alumbrarse los faroles de Puebla. Nuestros guías mexicanos, hablándonos de la dificultad del ascenso, juzgaban mal nuestras fuerzas y nuestro ardor, nos tenían con miseria y expresaban en voz alta sus dudas bastante dolorosas para nuestro amor propio de viajeros. Impuse silencio a esta habladuría tan mexicana, bien resuelto a desmentir de la manera más formal la injuriosa profecía.

La noche del tercer día anunciaba una mañana favorable y nos pusimos a trabajar en nuestros preparativos. Fuera de los dos guías y los cuatro indios que nos acompañaban, había alquilado al dueño del rancho otros tres indios para dividir los bultos con los nuestros.

Mandé llenar doce botellas de agua porque no debíamos encontrar en el volcán, me aprovisioné de dos botellas de



mezcal para darnos fuerzas y con los pies envueltos en una tela de lana muy gruesa, esperamos el día siguiente con impaciencia

A las tres de la madrugada, Luis y yo montamos a caballo; nuestros hombres nos precedían a pie y guiaban nuestras monturas por el sendero del bosque. Poco después, llegamos al límite de la vegetación y nuestros caballos avanzaban con dificultad en la arena. Despuntaba el alba cuando atravesamos la barranca de Huiloac, precipicio profundo, formado en tiempo de lluvias por el recorrido de las aguas en la montaña y que estaba seco entonces. La Cruz y sus rocas se dibujaban delante de nosotros en el límite de las nieves, parecían hallarse a corta distancia; llegamos después de una hora de marcha con repelidas paradas. Eran las cinco y media.

En este lugar bajamos del caballo; un indio debía regresarlos a Tlamacas. Quedaba por hacer lo más difícil. Entumecidos por el frío, las piernas casi no nos soportaban y tuvimos que hacer ejercicios preparatorios. El disco del sol salía como un nimbo de las profundidades del horizonte, distribuyendo apenas un débil resplandor rosa pálido sobre el manto nevado del volcán. El sitio era salvaje, grandioso, terrible; nada podría dar una idea

La caravana se puso en marcha. Estábamos provistos de lentes azules para prevenir los accidentes oftálmicos tan frecuentes en estos casos, en medio de la cegadora luz que multiplica la reverberación de los hielos. Los indios del rancho se hallaban equipados de la misma manera. El guía estaba, además, provisto de una cantidad de *ocoxochitl*, yerba de virtudes singulares que consisten en aliviar la respiración en estas altitudes. Se llena con ella la copa del sombrero y, cuando la opresión se vuelve demasiado fuerte, se aspira el

aroma que expande, el cual es más violento a medida que la yerba está más seca

Le agradecí al guía el ofrecimiento de su yerba milagrosa y le aseguré que estaría bien sin ella. Él sonrió con un gesto de duda y tomó la delantera. Yo lo seguía, después venían don Luis y el resto del grupo. Todos me habían hecho un drama sobre lo difícil del ascenso y esperaba dificultades inauditas. Confieso que al principio no me sentía a mis anchas. Me habían predicho una espantosa sofocación, yo no experimentaba, en suma, más que una aprehensión, la cual se disipó rápidamente al ver que avanzábamos sin incidentes de ninguna clase. El trabajo de mis pulmones era admirable y no experimentaba más fenómenos que una resequedad en la garganta acompañada de una sed inextinguible. El remedio se encontraba al lado del mal; a cada instante, me agachaba para recoger puñados de nieve y tomarla. Sin embargo, nos deteníamos de vez en cuando. El guía se volvía a menudo con la sonrisa en los labios creyendo habernos dejado lejos de él, pero Luis y yo no perdíamos el paso y, si no hubiera sido por ignorar la ruta a seguir, hubiéramos podido dejarlo atrás. Sólo un indio nos seguía, los otros se hallaban a centenares de pasos más abajo.

Eran las ocho y cuarto cuando llegamos al orificio del cráter. El guía se detuvo en la entrada que llevaba al interior del volcán; tenía que esperar a los hombres para preparar la tienda, de manera que yo pudiera empezar inmediatamente mis operaciones. Luis y yo continuamos por la derecha para alcanzar la cima más alta de la montaña.

Nuestras piernas temblaban como las de un borracho, una ligera opresión se había apoderado de nosotros, pero desapareció después de algunos instantes de reposo. Tenía-



mos la nieve para quitarnos la sed y la mezclábamos en una copa con una cantidad igual de mezcal. Nos sentamos. La pendiente a pico y el oceánico panorama que se extendía sobre los cuatro puntos cardinales, nos habían hundido en una absorbente admiración. ¿Cómo atreverme a describir lo que he visto?

Sin embargo, voy a intentarlo, hablando tal como el infinitamente pequeño puede hablar de cosas infinitamente grandes. ¿No es acaso el infinito este horizonte de 80 leguas, que triplica la extensión del horizonte marino con la misma grandeza de líneas, pero más rico, con sus desiertos, sus campos cultivados, sus bosques y sus mil planos escalonados, donde el prisma resplandeciente de luz vierte prodigamente sus más brillantes colores?

Al llegar al punto culminante del labio superior del cráter, el viajero se encuentra entre dos abismos y el vértigo que al principio se adueña de él, parece más un deslumbramiento por los esplendores que su mirada abraza, que el efecto de los precipicios abiertos que osa desafiar. Tiene detrás de él el cráter inmenso, sus chorros de vapor sulfuroso y sus estruendos subterráneos; a sus pies, un caos de rocas mutiladas, escorias gigantescas se levantan de su cama de nieve y de cenizas, semejantes, en lo convulsivo y atormentado de sus actitudes, a los condenados de Dante buscando desprenderse de su círculo de hielo. A la derecha, el Pico del Fraile levanta su alliva cabeza, mientras que al fondo la mirada se pierde en los precipicios vertiginosos de la barranca de Mispayanlla.

En las primeras horas del día, la aurora se levanta apenas en las profundidades del valle. Sólo un largo cinturón de bosques se muestra en su verdor sobre las gradas de la

sierra, bañando sus pies en los blancos vapores que levantan los primeros rayos del sol.

Las planicies entonces, semejantes a inmensos lagos, ofrecen a la mirada el aspecto de enormes olas de nubes de donde surgen, en medio de este mar aéreo, las negras cimas de los picos del valle. Pero el sol sube y se asiste con maravilla a las mágicas transformaciones de esta naturaleza encantada. Los vapores se agrupan y se elevan, se forman claros y, semejantes a un cielo nublado donde por momentos se perciben las estrellas entre las nubes que se agitan, vislumbramos alguna casita blanca, una parte del pueblo, la ribera de un lago, un conjunto de flores o el centelleo de los campanarios lejanos.

Desde las alturas, un prodigioso reino se ofrece a nosotros: gracias a la transparencia de esta atmósfera luminosa, todo se aproxima y se dibuja, la distancia se acorta y la vista distingue, a veinte leguas, los más ligeros detalles de este cuadro. Ahí está Ameca, el *Sacro Monte* que la protege y la planicie florida que la rodea; a la izquierda, el valle de Ozumba; a la derecha, los montes de Tlalmanalco, Miraflores y sus campanarios moriscos; más lejos, Chalco se refleja al sol en las aguas de su laguna; aquí está el Peñón, el lago de Texcoco a las orillas del cual se arrastra lánguida, a la sombra de los sabinos centenarios, la heredera de la gran ciudad azteca; después, las murallas resplandecientes de la ciudad de México, los mil campanarios que la dominan y las encantadoras villas que la acompañan. Todas, a pesar de las veinte leguas que nos separan de ellas, se distinguen en la lejanía: ahí está San Agustín la juguetona, Tacubaya la rubia, Chapultepec de imperial memoria y Guadalupe la santa. Se trata de un conjunto extraordinario de desiertos, de planicies verdes, de mon-



tes volcánicos y de cimas boscosas. Como cinturón de este magnífico cuadro, la cordillera extiende a lo lejos las líneas oscuras de sus montes de pórfido.

Pero la planicie de Puebla nos llama ofreciendo las mismas perspectivas, con el horizonte más lejano todavía. A doce leguas, la ciudad parece estar a nuestros pies y la mirada, siguiendo el valle de Tehuacán, penetra hasta tierra caliente para percibir la silueta de los cactus gigantes y de las palmeras salvajes.

Cinco volcanes, cinco picos nevados: el Nevado de Toluca, el Iztaccihuatl, la Malinche, el Pico de Orizaba, el Popocatepetl —rey de los gigantes—, se elevan por encima de las mesetas del Anáhuac. Cada tarde el sol los dora con su fuego cuando ya ha abandonado desde hace rato las planicies. Se dirían cinco luces inmensas que la mano del Todopoderoso esparció en estas alturas para iluminar el más maravilloso panorama del globo.

Al bajar, encontramos la tienda establecida en el primer pliegue del cráter, en la explanada del "malacate" (éste es un cilindro de madera alrededor del cual se enrolla el cable que

permite bajar al fondo del cráter y subir las materias sulfurosas que se explotan en Tlamacas). Una hora fue suficiente para tomar las vistas del lado derecho del cráter, del fondo mismo del volcán y del Espinazo del Diablo, al lado izquierdo. Los baños de plata se velaban con una ligera capa de sulfuro, sin embargo, las vistas resultaron un éxito, sobre todo dos, muy bellas.

Quisimos bajar al cráter. Amarrados al extremo del cable, el cilindro se desenrolló lentamente, aislándonos en el abismo. Teníamos en la mano un bastón para alejarnos de las irregularidades de las rocas. Algunas piedras caían de vez en cuando amenazando con lapidarnos. La bajada parece larga, me pareció de más de 300 pies. Se llega entonces al cono truncado formado por la caída continua de la arena y las piedras de la cima. Este cono se lanza desde el fondo del cráter para alcanzar una altura de por lo menos 200 pies con una pendiente de 45 grados. Toda la superficie del fondo del cráter está cubierta de nieve, salvo los bordes de los respiraderos (hay dos, el más importante se encuentra a la izquierda). No es posible aproximarse a más de diez metros debido a la intensidad del calor y a las emanaciones sofocantes. Estos dos chorros de vapor que, desde lo alto del cráter parecen delgados hilos blancos y de los cuales el ruido es apenas perceptible, son, de cerca, dos enormes aberturas que lanzan con ruido atronador una especie de columna de vapor sulfuroso. Una fuente vierte sus aguas en un pequeño mar verdoso en medio del cráter. Este mismo manantial, me decía después don Cirilo Pérez, alimenta dos fuentes termales a doce y catorce leguas, una en Puebla y la otra en Cuernavaca, respectivamente. Una multitud de fumarolas se escapa silbando de las murallas del cráter y el azufre que se explota se encuentra, mezclado con la tierra, dispuesto en flores en las cercanías de los respiraderos, o bien, en pedazos de color amarillo claro; traje algunas muestras de ellos. A pesar de las grandes cantidades que yacen en el volcán, el azufre de Europa se vende en México más barato que el del Popocatepetl, lo cual puede dar una idea de la explotación de este producto en la pobre fábrica de Tlamacas. Eran las tres de la tarde cuando regresamos a la superficie del volcán.

El declive del pico es tan pronunciado, que los indios contratados para la extracción del azufre se conforman con imprimir un ligero empujón a las cargas de tierra azufrada que sacan del volcán, de manera que llegan solas al límite de las

nieves. Esto se llama "corrida". Cuando la nieve no se encuentra demasiado dura por las heladas, los hombres se montan sobre los bultos y bajan con ellos. Pero cuando la superficie está helada, la corrida resulta demasiado rápida y tienen que bajar a pie para evitar algún accidente. Esto me dio la idea de operar mi descenso de la misma manera.

Me senté entonces sencillamente sobre mi sombrero de fieltro doblado en cuatro y, sobre este simple trineo, me dejé resbalar por la pendiente con gran asombro de mis guías, quienes no se atrevieron a intentarlo. Don Luis me seguía. En poco tiempo alcanzamos una velocidad prodigiosa. Ibamos como un torbellino por lo flancos de la montaña; el bastón que debía guiar nuestra marcha no detenía en nada la rapidez de la caída y pasábamos como aerolitos. Fue un delirio.

Ninguna montaña rusa podrá dar la idea de semejante carrera; imposible detenernos. Cegados por un polvillo de nieve, ebrios de sensaciones extrañas, inconscientes del peligro, llegamos a las cenizas que bordean las nieves y, rodando más de veinte veces sobre nosotros mismos, nos levantamos emocionados e ilesos. Habíamos recorrido cerca de dos kilómetros en siete minutos. Sólo por eso valía la pena el ascenso. No pretendo decir que si alguien hace lo mismo saldría ileso, pero eso es lo de menos a cambio de un regocijo tan grande y, seguramente, yo volvería a hacer lo mismo con gusto, al mismo precio.

Al día siguiente, llegamos a Amecameca, donde don Pablo Pérez, sorprendido de nuestro éxito, admiraba con exclamaciones la belleza de nuestras fotos.

Quince días después tomaba la diligencia para Veracruz; regresaba a Europa. Al salir de Ayotla, nos encontramos entre el fuego de dos partidos que tiraban a 100 metros el uno del otro. Tuvimos que detenernos al escuchar el silbido de las balas, lo que me dio oportunidad de juzgar la puntería mexicana. Durante una hora al menos, que fue lo que duró la escaramuza, no vi caer ni un solo hombre.

Cuando todo terminó, pedí informes: no había habido ni un solo herido. Pasamos y, al topar con la retaguardia de la otra tropa, me informé igualmente sobre el resultado de la batalla.

—¡Son unos torpes! No locaron a ninguno de mis hombres. Encantador, ¿no es cierto?

Lo que resultó menos encantador fue que media hora después de haber dejado el pequeño cuerpo del ejército, en

el bosque de Río Frio fuimos detenidos por dos bandidos, tan descarados como jamás se haya visto. Como de costumbre, debimos echar pie a tierra. Estos bribones eran endebles criaturas que bien hubieran podido ser sometidos de un puñetazo, pero tal es la resignación de los viajeros o el temor de que luvieran camaradas escondidos en el bosque, que nadie manifestó la menor resistencia. Esta vez fui bien y debidamente despojado; tenía dos cajas, un baúl bien lleno y un poco de dinero. Me quitaron todo. Uno de ellos abrió primero mi baúl, haciendo como si escogiera algo de entre mis efectos.

—Para terminar pronto —dijo—, me lo llevo todo.

Y diciendo y haciendo, le pasó el baúl a su compañero. Mis papeles, mis notas, algunas curiosidades, todo, se perdió. Mis protestas fueron en vano. Traía sobre los hombros un gabán que esperaba poder conservar.

—¡Vaya! —dijo uno de ellos en el momento de irse. Pásame ese gabán, me gusta. Se lo di, lo que me hizo llegar a Puebla en mangas de camisa.

Ésta no fue de ninguna manera mi última aventura. Al salir de Puebla, teníamos una nueva compañera de viaje: era una joven de dieciséis años llamada Dolores Molina. Era muy bella, de una belleza peligrosa para afrontar en estos tiempos de desorden las aventuras de los grandes caminos. Iba a Córdoba a reunirse con su madre, a la que había dejado hacia tiempo.

La diligencia tuvo la suerte de llegar a Tehuacán sin contratiempos. Los viajeros que envolvían con sus miradas a la bella niña, no tenían nada mejor que hacer que espantarla con alarmas continuas. Si la diligencia disminuía un poco su velocidad, ella palidecía y temblaba, ante la alegría de estos



señores. Uno de ellos, al fin, más galante que los otros y creyendo dar una prueba de ingenio, le dijo:

–Señorita, es muy imprudente de su parte viajar en los tiempos que vivimos y si yo fuera un bandolero, no es en los bolsillos de estos señores que yo me interesaría; ambicionaría más dulces tesoros y la llevaría a usted tan lejos, que nadie volvería a verla nunca

Esta delicada broma hizo enrojecer a la muchacha y las lágrimas inundaron sus ojos. Impusimos silencio al torpe galán, pero, a partir de ese momento, Dolores, bajo el golpe de dolorosos presentimientos, era presa de temblores convulsivos y de un espanto que nada podía calmar. Yo era silencioso testigo de este prólogo y podía sentir en el aire un vago olor a drama. Mientras tanto, llegamos a Tehuacán sin que nada justificara los temores de Dolores. Debíamos partir al día siguiente para Córdoba. Esta parte del camino no presentaba ningún peligro.

Pero la fatalidad quiso que la diligencia de Orizaba no llegara. Debimos permanecer en Tehuacán durante tres días esperándola. Aconsejé a la muchacha que se mostrara lo menos posible con el fin de no llamar la atención, así que no salió del interior de la fonda, viviendo en intimidad con las mujeres de la casa.

La diligencia llegó y al cuarto día, a las dos de la madrugada, partimos hacia Orizaba. Éramos cinco viajeros: una vieja y sus dos hijos, Dolores y yo. Nuestros compañeros de Puebla habían tomado otros caminos. Viajábamos desde hacia dos horas y había una luna espléndida; las palmeras enanas y los grandes órganos que bordeaban el camino, las plantas espinosas donde desaparecían los coyotes, prestaban al paisaje la poética fisonomía del gran desierto. De repente, un ruido de cascos se oyó adelante y Dolores, temblorosa, se refugió en mis brazos. Un grupo de jinetes llegó hasta nosotros al galope, levantando una nube de polvo. La diligencia se detuvo.

–¡Bajen! –gritó uno de los jinetes. Y como sólo yo bajé:

–¿Sólo hay un hombre en tu coche? –le preguntó al cochero.

–Uno solo –respondió éste.

El cuadro parecía una escena de *Fra Diávolo* o de *Marco Spada*. Me encontraba en presencia de siete jinetes que montaban caballos admirables. Llevaban trajes caros, bonitas armaduras, chaparreras de piel de tigre y sus grandes sombreros mexicanos de toquillas enormes estaban galonados de oro.

Jamás había visto ladrones tan bien vestidos.

–Pase adelante, no le haremos daño –me dijo uno de ellos con gran cortesía.

Fogueado por una vida llena de aventuras, asistía indiferente a la escena que se desarrollaba. Hasta experimenté cierto regocijo, pues era el complemento de mi viaje. Sin embargo, cuando oí los gritos desgarradores de la pobre muchacha, no pude impedirme volar en su ayuda. Ella se echó sobre mí, rodeando mi cuello con sus hermosos brazos, llorando, suplicando, invocando a su madre.

–¡Sálveme, sálveme! –decía.

¡Pobre niña! ¡Salvata! De todo corazón, pero... ¿Qué hacer? Siete hombres armados, solo y sin cuchillo... Estos señores, sin embargo, no emplearon ni amenazas ni brutalidad.

–Vamos, querida niña –decía el jefe–. Seque sus lágrimas, somos caballeros y no sufrirá ningún maltrato. Venga, el tiempo apremia, partamos.

Y como la pobre muchacha se debatía desesperada, dos de los hombres la tomaron por la fuerza y la montaron en uno de sus caballos. Desaparecieron en el monte, donde pronto los gritos de Dolores se perdieron en la lejanía. En el primer pueblo a donde llegamos, había una posta.

–¿No pondrá usted una demanda? –le pregunté al cochero.

–¿Para qué? –contestó. De todas formas, la devolverán a su madre.

Pasamos. Poco después bajábamos por las cumbres de Acultzingo y alrededor de las tres llegamos al hotel Las Diligencias, en Orizaba. La madre de Dolores estaba ahí esperando a su hija.

Tuvimos que decirle que había sido raptada. No diré nada sobre su dolor. Ignoro si su hija le fue devuelta algún día.

Un día más y llegaría a Veracruz, volvería a ver el mar y me embarcaría hacia Europa. No me atrevía a creer en tanta dicha, y este océano al que siempre había temido tanto, ahora me sonreía. El 28 de diciembre de 1859 decía adiós a las playas mexicanas; iba a atravesar de nuevo Estados Unidos, entonces en vías de insurrección. Después de cuatro años de ausencia, el 2 de febrero de 1861, pisaba tierra europea.

(Capítulo tomado del libro de Désiré Chamay, *Ciudades y ruinas americanas*, CONACULTA, colección Mirada viajera, México, 1994. Los grabados que ilustran este artículo fueron tomados del libro de Désiré Chamay, *Les anciennes villes du nouveau monde*, Librairie Hachette, Paris, 1885.)